

EUSKAROS ILUSTRES.



RESPUESTA A LA PREGUNTA 76.

MALON DE CHAIDE. El admirable escritor místico Fr. Pedro Malon de Chaide,¹ ornamento de la esclarecida Orden agustiniana, no solo era oriundo, sino tambien natural del país basco-nabarro. Fué su pátria la ciudad de Cascante en el antiguo y glorioso Reino de Nabarra. Así lo declara el rey de nuestra bibliografía Nicolás Antonio en su *Bibliotheca Nova*,² monumento inmortal de laboriosidad y de saber, y tesoro inagotable de noticias valiosísimas para el historiador de las letras españolas. La opinion de Nicolás Antonio, que por sí sola es de mucha fuerza, se robustece más y más con el asentimiento de cuantos escritores han tratado de Malon, entre los cuales podemos citar al diligentísimo Capmany y al autor del prólogo que va á la cabeza del tomo en que aparece el *Libro de la Conversion de la Magdalena* en la magnífica Biblioteca de autores españoles de Rivadeneyra. Ambos autores fijan por los años de 1530 el nacimiento del ilustre agustino.

El nombre de este lozanísimo escritor es uno de los más preclaros de la literatura española. Tocóle vivir en aquel venturoso siglo XVI en que la lengua castellana alcanzó la época de su mayor esplendor, y sin embargo, su memoria no se ha perdido como la de muchos otros es-

(1) Malon de Chaide es, á mi juicio, mala trascripcion, viciada por el uso, de Malon de Echaide. Por aféresis se suprimió la primera *e* de Echaide, á fin de evitar la concurrencia de dos *ee* seguidas. Hay en bascuence muchos ejemplos de semejantes supresiones. Por ejemplo: *Chavarri*, de *Echavarri*; *Lexona*, de *Elexona*; *Chegaray* (en Bayona de Francia) de *Echegaray*.

(2) Dice así Nicolás Antonio: *Fr. Petrus Malon de Chaide, parentibus natus Navarris é Cascante oppido.... (Bibliotheca scriptorum hispaniæ. Roma, 1672. Tomo II, Pág. 169).*

critores coetáneos suyos, ni los rayos deslumbradores que despiden nombres imperecederos de aquel tiempo consiguen apagar ni amortiguar la viva claridad y refulgencia que luce en torno de la venerable figura de Malon.

Brillar con luz propia y no prestada en aquel cielo de ingenios incomparables, que casi no admite paralelo en el mundo, es dicha reservada á quien atesore altas cualidades, y Malon de Chaide la logró.

El estilo pródigo, exuberante, animadísimo de este escritor—á quien el Libro de la Conversion de la Magdalena, único suyo que conocemos, ha bastado para darle fama inmortal—no se confunde ni puede confundirse con el de otro ninguno de los místicos españoles. No es el estilo amplio, oratorio y grandilocuente de Fr. Luis de Granada, ni el íntimo y sobre toda ponderacion reconcentrado de Fr. Juan de los Angeles, ni el profundamente sencillo, gracioso y celestial de Santa Teresa de Jesús, ni el arrebatado, extático y sublime de San Juan de la Cruz, ni el plácido y sereno de Fr. Luis de Leon, cuyos libros despiertan en el ánimo del lector las ideas de paz, de templanza, de sosiego y de armonía que despertaba en el alma del insigne agustino la contemplacion de una noche serena, ó la audicion de la música del ciego Salinas. Es Malon más animado, brillante, colorista y lozano que ninguno de nuestros místicos: y aun cuando no contuviera otras riquezas, por eso solo, por lo que tiene de personal y propio, viviría su libro cuanto viva la lengua castellana.

El anónimo prologuista de la Biblioteca de autores españoles de Rivadeneyra que, segun de público se dice, es el Sr. Pí y Margall, encuentra censurable el lujo de diction de Malon de Chaide. Pero esta afirmacion está docta y magistralmente refutada por Fr. Marcelino Gutierrez,¹ á quien el Sr. Menendez y Pelayo no vacila en considerar como ornamento de la Orden á que Malon de Chaide pertenecía.²

Y en efecto: cuando Malon de Chaide, dando rienda suelta á las ricas facultades de su ingenio, pinta con fuerza de color el alma de Magdalena en sus tres estados de pecadora, de penitente y de gracia, no hace sino cumplir uno de los preceptos fundamentales del arte: la

(1) Fr. Marcelino Gutierrez.—El misticismo ortodoxo en sus relaciones con la filosofia. Valladolid, 1886.

(2) Discurso inaugural del curso académico de 1889 á 1890 en la Universidad Central.

sinceridad. Malon de Chaide era así. Había en su espíritu mucho de brillante y de lozano, y brillante, lozano y vestido de colores orientales tenía que ser su estilo, so pena de no ser sincero.

¿Quién, al tratarse de escritores tan egregios, para mentes en los ápices de la dicción, ni en los artificios retóricos, ni juzga con criterio puramente externo obras escritas para hablar de los arcanos más misteriosos del alma humana, y para pintarnos los efectos maravillosos del amor de Dios? El que de tal manera procede, revelará si se quiere, grandes condiciones de retórico, y hasta de crítico, si se entiende la palabra crítico en cierto sentido puramente superficial y externo; pero revelará también que no le llama Dios por el camino de la mística, y que no acierta á comprender ni estimar los deleites inefables que se esconden en esa situación especialísima del alma humana, en que, desligada de todo vínculo terreno, aspira á hacerse casi única con su Amado Señor, según la bellísima expresión del autor de *Los Nombres de Cristo*.

Otra de las cualidades que más de resalto aparecen en el autor del *Libro de la Conversion de la Magdalena*, es la profusión de textos de filósofos paganos que incluye en su libro. Hasta tal punto es pródigo en esto de engalanar con flores de sabiduría profana sus conceptos, que no contento con citar y alabar á Platon y al neoplatónico Plotino, y á los supuestos Orfeo y Hermes Trimegisto, traduce literalmente la definición de la hermosura expuesta por el platónico del Renacimiento Marsilio Ficino, en sus diálogos *Sopra l'amore*, como lo ha probado recientemente un joven é ilustre escritor agustiniano, el ya recordado Fr. Marcelino Gutierrez.¹ Pero al proceder de esta manera, Malon de Chaide no introduce ninguna corriente nueva en la literatura devota del Cristianismo: no hace sino ser eco de la voz de su gran Padre San Agustin, que once ó doce siglos antes exclamaba: «Por ventura no salta á los ojos el mucho oro y plata y preciosos vestidos con que salió cargado de Egipto Cipriano, aquel doctor dulcísimo y gloriosísimo mártir? Pues ¿cuánto no se parece esta riqueza en Lactancio? ¿cuán grande en Victorino, Optato é Hilario? Y para no hablar de los vivos ¿qué caudal no fué aquel con que cargaron innumerables griegos?»²

(1) Fray Luis de Leon y la filosofía española del siglo XVI. Madrid. 1885.

(2) San Agustin.—De doct. christ. I, II, cap. 40.

Esta conducta aquí alabada por San Agustín, y no otra, era la que observaba Malon de Chaide, cuyos méritos, con ser tan altos, apenas son sin embargo conocidos en el país que le dió el ser, y que debía ufanarse de contarle en el número de sus hijos más ilustres.

Y con tanto mayor motivo, cuanto que una de las acusaciones que más reiterada é injustamente se han dirigido á nuestra raza, hasta por personas que han consagrado su pluma á defenderla, es la de que aquí se nace sin aptitudes para las bellas letras. Bastaría el libro de Malon de Chaide para destruir por completo esta asercion, y para dejar de una vez y para siempre demostrado que la raza basco-nabarra, cuyos ojos no están cerrados á la luz del ideal, sabe producir literatos y poetas que pueden sin desdoro hermanarse con los más altos y gloriosos que ha producido la nacion española.

Porque Malon de Chaide fué poeta, no solo en su brillantísima prosa, sino tambien en verso, y en tal concepto merece en el Parnaso castellano un puesto no muy lejos de Fray Luis de Leon, á quien en estilo y gusto se parece, segun lo revelan dos canciones originales intercaladas en su *Libro de la Conversion de la Magdalena*, en el cual figuran tambien varias traducciones de salmos, hechas como por quien sabia asimilar las sublimes bellezas de los libros sagrados y trasladarlas al pátrio idioma.

El asunto de las dos canciones de Malon es el mismo. La divina poesía del *Cantar de los Cantares*, fuente inexhausta de inspiracion para quien tiene fe viva en el alma y el corazon encendido en suprasensibles ardores, le sirvió de modelo, y le prestó perfumes embriagadores y balsámicas esencias. El velo de la alegoría reviste á aquellas dos poesías de un carácter de augusta y venerable majestad. Si en estas canciones Malon de Chaide «fuera más sobrio y recogido, y ahorrara más las palabras, se acercaría á Fray Luis de Leon,—ha dicho un admirable y novísimo escritor,—porque viveza de fantasía y calor de alma le sobran.»¹

Pero ¿quién ha subido á donde subió el Príncipe de los líricos españoles?

Pocos entre los hijos de los hombres han atesorado en tan alto grado el poder de hermanar lo sencillo con lo majestuoso ni el de

(1) Menendez y Pelayo, en su discurso de recepcion en la Real Academia Española.

expresar los más arrebatados y sublimes conceptos con insuperable sobriedad y rapidez lírica. ¿Quién como él supo infundir en la forma clásica el aliento generoso del espíritu cristiano? De ese consorcio admirable entre la hermosura antigua y el pensamiento moderno nace la poesía de Fray Luis de Leon, que no entra por el oído, ni por los ojos, sino que penetra suave y calladamente en el alma, y la baña de sereno fulgor suprasensible.

Pero dejando á Fray Luis de Leon en el lugar altísimo en que debe dejársele, y á donde solo las águilas pueden llegar, ¿dónde hallaremos entre los imitadores del egregio cantor de la *Noche serena* quien acierte á sentir con tanta intensidad y viveza como Malon de Chaide, y á vaciar sus sentimientos en moldes tan artísticos como él, segun lo revelan las siguientes liras que al azar cogemos de sus *Canciones*:

Cércante las esposas,
con hermosas guirnaldas coronadas,
de jazmines y rosas:
y á coros concertadas
siguen, dulce Cordero, tus pisadas.

.
Porque las arrebatá,
el dulce olor que el ámbar tuyo espira,
y el blando amor las ata
que en sus pechos aspira,
pues siempre te ama el que una vez te mira.

.
Andas en medio de ellas
dando mil resplandores y vislumbres,
como sol entre estrellas:
y en las subidas cumbres
de los montes eternos das tus lumbres.

.
Vuélveme, Dulce Amado,
el alma que me llevas con la tuya,
ó lleva el cuerpo helado
con ella, pues es suya,
ó haz que tu presencia no me huya.

.

¡Oh luz serena y pura,
oh sol de resplandor que alegra el cielo!
¡oh fuente de hermosura!
si pisas nuestro suelo,
véate, y de mis ojos quita el velo.

Será, si se quiere, opinin apasionada; pero de mi sé decir que por estas liras cederia gustoso cuantas frias y artificiosas imitaciones del Maestro Leon produjo la Escuela Salmantina en el siglo XVIII. Ninguno de estos imitadores, ni aún los más felices, supieron penetrar la esencia de la poesia del autor de aquellas aladas y arrebatadoras estrofas *A la Ascension*, que no tienen rival en castellano, ni imitaron de él sino lo más superficial y menos vividero.

Y sin embargo de haber sido Malon de Chaide más poeta que aquellos, por lo mismo que lo era ménos de oficio, nadie, entre los basconabarros, se ha acordado de su nombre, que yo sepa, cuando se nos ha querido echar en cara nuestra incapacidad poética, fundándose para sostener esta opinion en la escasez de predilectos hijos de las musas que han salido de esta region de España. Por eso mismo, y para que por nuestro olvido y desidiosa indiferencia no vayan arrebatándonos honores que en toda justicia nos pertenecen, y á fin de estimular el celo de quienes, más conocedores que yo de las letras pátrias y de los hombres ilustres que ha engendrado esta nuestra raza, están en circunstancias propicias y adecuadísimas para llevar á cabo la grande obra de la reivindicacion de muchas glorias nuestras, hoy puestas en duda ó absolutamente negadas sin motivos bastantes para ello, me he atrevido á delinear algunos informes rasgos que dén idea, siquiera remota, de las relevantes cualidades que para las bellas letras, y sobre todo, para la más sublime de las ramas literarias, la mística, atesoraba Malon de Chaide, cuya naturaleza nabarra, por nadie combatida, he querido tambien recordar, para que no sigamos considerándole extraño á nuestra tierra como hasta hoy venía sucediendo.

Mas como la memoria de Malon de Chaide evoca en mi mente la de otro ilustre ascético nabarro, contemporáneo suyo, no quiero hacer punto, sin dedicar algunas líneas á este varon esclarecido, que no es otro que Fray Diego de Estella, natural de la Ciudad de su nombre. La memoria de Fray Diego de Estella, que en tiempo de Felipe II ejerció cargos de no escasa importancia, va unida entre nosotros á dos libros suyos: el *Tratado de la vanidad del mundo* y el de las *Meditaciones devoti-*

simas del amor de Dios. Es el primero, libro más de edificacion que de literatura: austero, sólido y bien escrito, puede ser muy útil para la predicacion. En elogio del segundo, baste decir que un tan gran maestro de la vida espiritual como el angélico Obispo de Ginebra San Francisco de Sales no se desdeña de ponderar su eficacia para la oracion ni de imitarle en su áureo tratado sobre la misma materia.

Fray Diego de Estella se presta á un curioso paralelo con Malon de Chaide: así como de este hemos dicho que aduce en apoyo de sus asertos testimonios abundantísimos de filósofos gentiles, aquel, por el contrario, huye de mencionarlos. Apenas hay en sus libros más citas que las de los Textos Sagrados. Y aquí tambien podemos decir que, así como Malon de Chaide venía á ser eco de la voz de San Agustin al engalanar á la hija de Sion con los despojos de Egipto, de la misma manera Fray Diego de Estella, cuando elude toda manifestacion de conocimientos filosóficos, de que, á juzgar por la calidad y valor de sus obras, no debió estar desprovisto, es discípulo fidelísimo de San Francisco de Asís, prodigio de humildad: es continuador de la conducta de Jacopone da Todi, que desde que abrazó la regla franciscana, ostentó en todas sus singulares producciones un carácter marcadamente popular: es imitador del iluminado Doctor y mártir de Cristo Beato Raimundo Lulio, en cuya *Blanquerna* hay buen número de capítulos tan ingenuos, sencillos, candorosos y santamente infantiles y acomodados al pueblo, que nadie adivinaría por ellos al varon sábio que escribió el *Arte magna* y concibió proyectos que, aunque utópicos, no pudieron nacer sino en entendimiento gigante como el suyo.

Malon de Chaide y Fr. Diego de Estella exigen de los basco-nabarrros constante veneracion y amor. Y no dudo yo que tributándoselo de aquí en adelante, les desagaviaremos del injusto olvido en que les hemos tenido hasta la fecha.

Nombres tan gloriosos como los suyos honran á cualquiera pueblo. Son nombres sin mácula ni lunar alguno, y la suave y celestial aureola que les circunda no aparece empañada por nubes de ninguna especie. ¡Bendita su memoria!

CARMELO DE ECHEGARAY.

